

Plazas de las utopías

Había soñado un mundo justo. Había creído en los cuentos de hadas y en los héroes salvadores de la humanidad. No sabía que los seres humanos podíamos convertirnos en fieras dentro de un jungla de intereses, de mercados, de poderes...

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmado,
como un pulso que golpea las tinieblas (...)

Muchas veces pensamos que todo está perdido, que ya nada vale la pena, que la palabra comprometida pertenece a otra época. Pensamos que la humanidad está acomodada, dormida detrás de las pantallas, viviendo una vida que no les pertenece, obnubilada por mediocres héroes y heroínas de dudosa moralidad, de pensamiento ramplón, de cortas miras. Un día te levantas y los versos olvidados de Gabriel Celaya vuelven a tu mente. Sonríes pensando en otros días, en momentos pasados. La utopía te vuelve a visitar.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Y tocamos el fondo con las manos para salir reconstruidos. En las plazas se vuelven a escuchar voces que nos hacen sentir vivos. La gente, sin nombres mediáticos, sin famosos para vendernos mensajes, sin marketing ni mensajes subliminales para convencernos, con sólo su voz y su ilusión vuelven a llegarnos al corazón. A unos, los asustan; a otros, los asombran; a algunos los indignan, con sólo su voz limpia, con sólo la ilusión.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.
A veces, cuando ya nada se espera, cuando parece que todo está perdido y no nos queda sino la conversación frente a una copa o el pataleo solitario en una azotea anónima, surge lo inesperado.

Y, otra vez los jóvenes toman las plazas y las calles. La utopía nos sorprende.

Me hace gracia como los poderosos, aun aquellos que se tiñen de progresistas hablan

en las tertulias tan de moda, hasta en las televisiones de segunda, y se atreven a despreciar el carácter asambleario, la idealista postura ante el mundo, la pureza de los planteamientos, en fin, todo aquello que nos hace más humanos y sensibles, menos animales ambiciosos de poder.

Eduardo Galeano en un hermoso texto de su libro *Palabras andantes* nos dice que la utopía sirve para algo fundamental en la humanidad, sirve para caminar. ¿Cómo seguir adelante sin ella?

Esa es la única razón por la que me parece maravilloso ese movimiento de personas de diferentes procedencias económicas y sociales con el único propósito de caminar y ese camino es el de enmendar errores, corregir defectos y mejorar la única forma política que podemos defender en este momento que es la democracia, pero no una democracia dominada por los invisibles entes de una economía que nos devora, de unos políticos que piensan más en sus parcelas de poder que en el pueblo.

Desoyendo las voces se buscan pactos para mandar, aun traicionando las ideas que se defienden en los discursos vacuos, sin tener en cuenta que no se puede traicionar la pureza con la que alguien vota por una idea.

Desoyendo las voces del pueblo se habla del pueblo, se dice que se trabaja para gente, se ignoran los discursos. Sin pudor se siguen practicando políticas alejadas de lo humano y lo social para perpetuar el reino de los mercados, de la ambición.

La voz del pueblo no se apaga, por momentos puede convertirse en un susurro tímido, por instantes puede diluirse en el mar de los centros comerciales, los spots publicitarios y las vallas comerciales, pero siempre habrá alguien que grite basta, siempre la poesía volverá a tomar las calles, siempre la utopía surgirá de entre los escombros.

En las plazas de mayo sueña la utopía con un mundo nuevo, con una humanidad que ha aprendido a hablar.